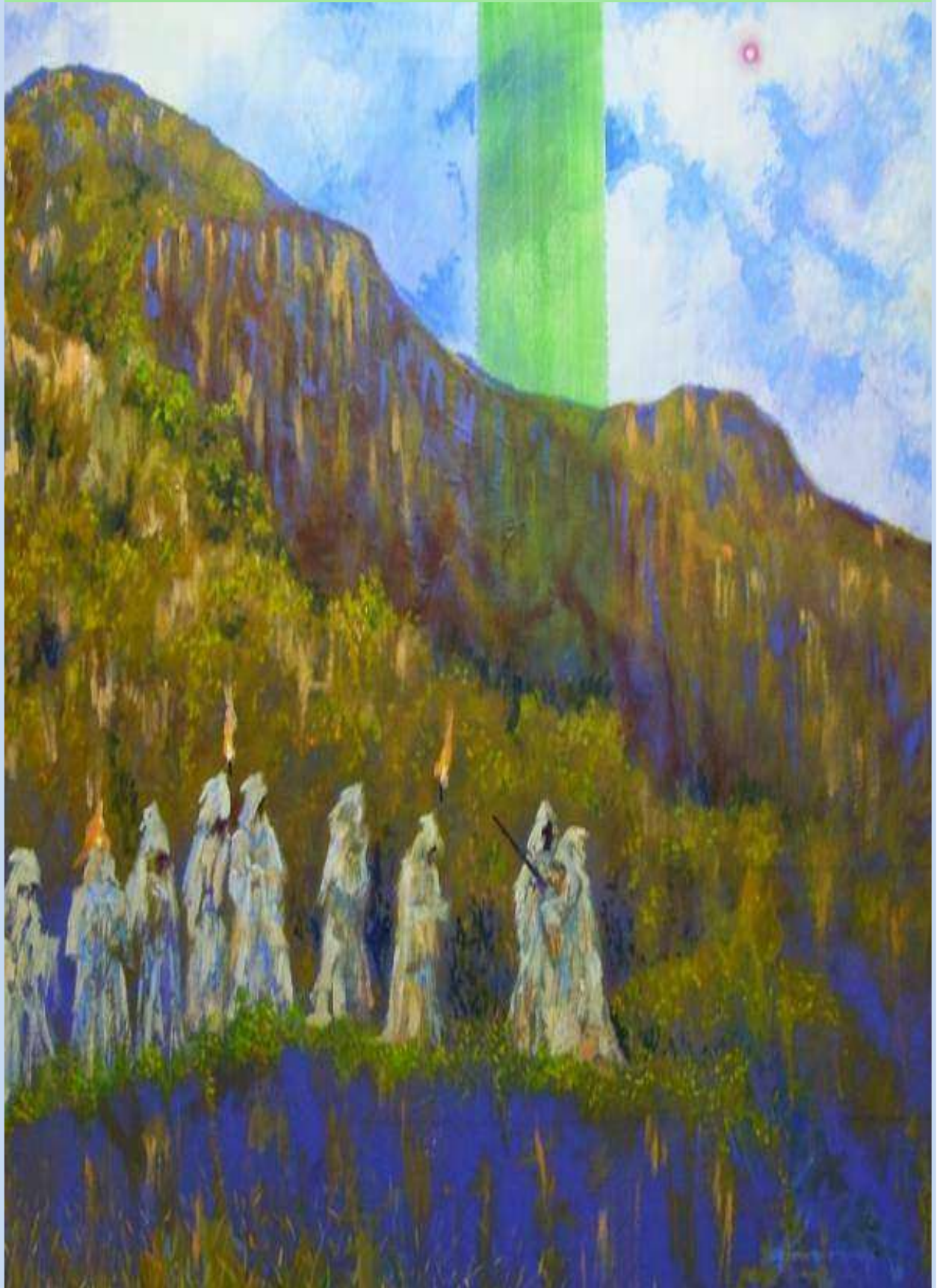


EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL DISCÍPULOS REGULARES Y LAICOS



Queridos hermanos y hermanas:

Una sola regla inflexible se ha impuesto siempre a los estudiantes neófitos; tal como se impone, ahora, el completo dominio de la naturaleza inferior por la naturaleza superior.

En la investigación que vamos a abordar, sobre cada raza y culto, encontramos únicamente un sólo camino; duro, penoso, difícil; por el cual el hombre puede obtener el verdadero conocimiento espiritual.

La verdad, es que no puede ser de otra manera; ya que todas las religiones y todas las filosofías no son más que variantes de las primeras enseñanzas; de la Única Sabiduría impartida al hombre en el comienzo del ciclo por el Espíritu Planetario.

El verdadero Iniciado, el hombre desarrollado; siempre se nos ha dicho que se hace a sí mismo, y, que no puede ser enseñado. El proceso es por lo tanto, el de crecer a través de la evolución, y, esto necesariamente debe involucrar cierta cantidad de dolor.

La principal causa de dolor se basa en nuestra perpetua búsqueda de lo permanente en lo impermanente; y no sólo es una búsqueda, sino también, el actuar como si ya hubiésemos encontrado lo inalterable en un mundo en el cual la única cualidad que podemos afirmar es su constante cambio. Ello ocurre justo cuando nos imaginamos que tenemos una firme base de lo permanente, y, nos sorprende el cambio que surge sin el menor aviso; y el dolor aparece.

De nuevo la idea de crecer envuelve el pensamiento y el Ser interno “debe de abrirse de nuevo paso en su escondida concha o confinamiento”; así que, el ánimo debe de estar acompañado de dolor no físico, pero sí, mental e intelectual.

En el curso de nuestras vidas la tribulación que nos llega siempre, es justamente, la que sentimos como la más dolorosa que puede pasarnos, siempre es la única que sentimos no poder soportar.

Sí observamos esto, desde un amplio punto de vista, veremos que estamos tratando de abrirnos paso a través de nuestra concha desde su punto más vulnerable para que nuestro crecimiento sea verdadero; y no el resultado colectivo de una serie de calamidades.

Debemos progresar, en todas las direcciones a la vez.



Nuestra tendencia es cultivar cada área separadamente; olvidándonos de las demás. El dolor llega por la expansión de alguna área descuidada, haciéndose más difícil, debido a los efectos acumulados en otras áreas.

Los aspectos problemáticos, frecuentemente, son el resultado de sobre-ansiedad; en la que el hombre o la mujer están, siempre, tratando de abarcarlo todo. Parece ser, que no hay satisfacción en que el bien se realice sólo en hacer justo lo que la ocasión exija. Lo contrario produce Karma. Karma que se presentará en un próximo nacimiento.

Una de las formas sutiles del descontento es la esperanza y el deseo de recompensa. La verdad es que, son muchos los que lo albergan. Aunque con frecuencia inconscientemente. Así que echan a perder todos sus esfuerzos permitiendo que la recompensa se convierta en un factor activo en sus vidas.

La meta del aspirante a la Sabiduría Espiritual es la entrada a un plano superior de existencia. Para ello, se tiene que convertir en un “nuevo hombre”; más perfecto de lo que es actualmente; y, sí lo logra sus capacidades y facultades recibirá el correspondiente incremento de la capacidad. Es así como el Iniciado se ve dotado con los maravillosos poderes, tan frecuentemente descritos.

No olvidemos que estos poderes son el natural complemento de una existencia en un plano superior de evolución; tal como las ordinarias facultades humanas son el natural complemento de una existencia en el ordinario plano humano.

Hay personas que piensan que ser un Iniciado no es el resultado de un desarrollo radical de continuado crecimiento. Se imaginan, que un Iniciado es un hombre que siguiendo un definido curso de entrenamiento; a una serie de reglas arbitrarias; adquiere un poder y luego otro, y, cuando ha obtenido varios poderes es consagrado como un Iniciado.

Actuando con ésta idea errada, se imaginan que la primera cosa a realizar para ser un Iniciado es adquirir los poderes de la clarividencia, de la clariaudencia, de viajar astralmente a remotos lugares, de levitación, y porque no, de comunicarse telepáticamente. Estas son algunas de las cosas que más fascinan a la mayoría.

DISCÍPULO, es la persona que se ofrece a un MAESTRO para aprender los misterios de la naturaleza, y, poner en práctica los poderes psíquicos latentes. El Maestro que lo acepta, es siempre, un “Adepto de la Ciencia Oculta”.

El Maestro es un hombre de profundo saber exotérico y sobre todo Esotérico; que ha sometido a la esclavitud su naturaleza carnal, y que ha desarrollado en sí mismo el poder de dominar las fuerzas de la naturaleza y de sondear sus misterios por medio de poderes antes latentes; y al presente, activos ya en Su Ser.

Ofrecerse como aspirante al Discipulado es relativamente fácil. Ahora, desarrollarse hasta lograr el Adeptado es la tarea más difícil que el hombre puede emprender. Hay muchas personas que nacen poetas, matemáticos, filósofos, etc., pero nacer “Adepto de naturaleza” es imposible.

A veces oímos hablar de personas extraordinariamente dotadas para la adquisición de la ciencia y de los Poderes Ocultos. No nos engañemos, estas personas tienen forzosamente que pasar por las mismas pruebas y la misma educación que los demás aspirantes.

Sobre lo dicho debo añadir, y con razón, que no hay camino fácil o real para los favorecidos. Aparte de un grupo hereditario ya adscrito al Templo; los Discípulos fueron escogidos por los Mahatmas en persona entre la clase de místicos naturales muy numerosos en el Tibet.

Sólo ha habido excepciones a favor de Occidentales; como el Conde de Saint Germain y otros; cuya afinidad de constitución para esta elevada ciencia forzó, hasta cierto punto, a los Adeptos a entrar en relación personal con ellos; y así, obtuvieron una porción de la Verdad completa, en relación con el ambiente social que los rodeaba.

Las cualidades que se le exigen al Discípulo son las siguientes:

- 1° Perfecta salud corporal o física.*
- 2° Absoluta pureza, física y mental.*
- 3° Deseos inegoístas, caridad universal, y compasión por todos los seres animados.*
- 4° Constancia y fe inquebrantable en la ley del Karma; independiente de la intervención de poder alguno de la naturaleza. Ley cuyo curso no puede desviar intermediario alguno, ni detenerla ningún ruego, ni ceremonia exotérica.*
- 5° Indomable valor ante todo suceso, así sea la muerte.*
- 6° Percepción intuitiva de que nuestro Ser, es el YO Superior en el hombre manifestado, o Espíritu Divino Ātma.*
- 7° Indiferente calma, pero a la vez, justa apreciación de todo lo que constituye el mundo objetivo y transitorio; y sus relaciones con las regiones invisibles.*

Estas deben ser las cualidades esenciales del que aspira a ser “Discípulo perfecto”. Invariablemente se ha insistido en cada uno de esos puntos, con excepción del primero, que puede haber sido modificado en raras y excepcionales ocasiones.

El Discípulo debe haber desarrollado, en mayor o menor grado, todas estas cualidades en su naturaleza íntima; por “sus propios esfuerzos y

sin ayuda ninguna” antes de ser “puesto a prueba”. Cuando el aspirante en vía de espontáneo desarrollo, bien en el seno de la actividad mundana o bien fuera de ella, según su natural aptitud, se ha adueñado y elevado por encima del cuerpo físico, de los sentidos y del dolor; cuando esté preparado o presto a ser uno con el manas superior, con Buddhi la inteligencia espiritual, y Ātma el Alma Suprema, es decir el Espíritu; cuando esté dispuesto a reconocer en Ātma el Absoluto Gobernador del mundo, de las percepciones, y, la Voluntad como poder ejecutivo o suprema energía; puede entonces, ser admitido como Iniciado y ser introducido en el “Misterioso Sendero”.



A su término, se obtiene el infalible discernimiento del “fruto de las causas producidas” y los medios de alcanzar la emancipación de la miseria de renovados renacimientos. Helena Petrovna Blavatsky, en sus escritos hace referencia a algunos candidatos que, aunque bien advertidos por adelantado del peligro, “padecieron el error y tuvieron el egoísmo” de perder de vista su pasado, mirando sólo hacia el porvenir.

Olvidaron que no hicieron nada para merecer el raro honor de ser elegidos, nada que pudiera darles el derecho de esperar tal privilegio, y que no poseían ninguna de las cualidades, anteriormente enumeradas.

Todos y cada uno, tuvieron bastante vanidad para suponer que en ellos se haría una excepción en la ley imperante por siglos; como sí en su persona hubiera nacido al mundo un nuevo Avatar. Todos esperaban que se les enseñasen las cosas ocultas, y, que se les concediesen poderes extraordinarios. Aunque hay que decir, que algunos de ellos estaban sinceramente resueltos a enmendar su vida abandonando sus malos hábitos.

Para quienes desean adquirir tales poderes para su propia ventaja personal, no hay nada que decir; pues, ellos caen bajo la condenación

de todo aquel que actúa con fines puramente egoístas. El verdadero buscador que sigue el verdadero desarrollo psíquico, una vez alcanzado, nunca lo pierde.

Queridos hermanos y hermanas, el resultado de la experiencia prueba; mucho mejor que los más extensos discursos; lo que es un Discípulo, y, cuáles son las consecuencias del egoísmo y de la temeridad. A todos los candidatos se les advierte que deben de esperar algunos años antes que se compruebe su aptitud. También se les avisa, que deberán pasar por una serie de pruebas que sacaran a plena luz todo lo que en cada uno hay; tanto de malo como de bueno. Sí sois o somos casados seréis o seremos designados, con el nombre de “Discípulos laicos”.

Laico es un término nuevo, en lenguas occidentales, pero que durante largo tiempo tuvo su equivalente en las asiáticas. Discípulo laico, es simplemente un hombre de mundo que afirma su deseo de adquirir sabiduría en las cosas espirituales. Virtualmente, lo es todo miembro de la Sociedad Teosófica, que ha suscrito el segundo objeto, de los tres declarados. Sin pertenecer al número de los verdaderos Discípulos, puede llegar a serlo, porque ha franqueado la frontera que lo separa de los MAHATMAS. Ingresar en la Sociedad Teosófica equivale a estar en observación, lo demás depende absolutamente del propio

miembro; teniendo esto suficientemente claro, y es de no intentar aprovecharse ni un sólo ápice del favor de los Maestros que no haya sido plenamente ganado por su mérito personal. Los Mahatmas son los servidores no los árbitros de la ley del Karma.

La admisión de un individuo como Discípulo laico no le confiere otro privilegio que el de trabajar en su desenvolvimiento; bajo la observación de un Maestro. Verlo o no verlo no implica la menor diferencia en el resultado porque sus buenos pensamientos, palabras y acciones producirán sus frutos, así como, los malos acarrearán los suyos. Envanecerse y hacer ostentación del título de Discípulo laico es el medio más seguro de reducirlo a un nombre sin sentido; en las relaciones con el Maestro; porque es una prueba clarísima de vanidad e ineptitud para progresar.

Hace muchísimos años que se está utilizando la máxima que dice: “mereced primero, y después desead”, la intimidad con los Mahatmas. Existe una ley terrible e inalterable, en la naturaleza, cuya actuación explica el aparente misterio de elección de ciertos Discípulos que han llegado ser una triste muestra de moralidad durante largos años.

Posiblemente recordáis, el antiguo proverbio que dice: “no toquéis al perro que duerme”. Contiene un gran significado oculto.

Ninguna persona, hombre o mujer, conoce su fuerza moral antes de haberla ensayado. Son miles los que el mundo disputa por muy dignos y respetables porque jamás fueron sometidos a prueba. Está es sin duda una vulgar verdad; pero con adecuada aplicación al caso expuesto.

Al emprender el aspirante el Sendero del Discipulado despierta a latigazos todas las dormidas pasiones de su naturaleza animal. Comienza un terrible combate con enemigos, que no piden ni dan cuartel; se trata de ser o no ser. Vencer es el acceder al Adeptado. Sucumbir es un innoble martirio porque al fracasar víctima del orgullo, de la lujuria, de la avaricia, de la vanidad, del egoísmo, o de cualquier otro sentimiento es, en efecto, innoble a los ojos de todo hombre digno.

El Discípulo no sólo ha de afrontar todas las latentes y malas inclinaciones de su naturaleza; sino también, la velocidad adquirida por las fuerzas siniestras acumuladas por la comunidad o nación de la que forma parte. Porque él, es parte integrante de estas colectividades y las causas que la afectan; sea al individuo o al grupo, sea a la ciudad o a la nación, reaccionan unas sobre otras. La lucha por el bien de nuestro Discípulo arroja la discordia sobre todo el cuerpo del mal que le rodea y atrae su furor. Mientras el Discípulo se

contente, con marchar al paso de sus vecinos y ser, poco más o menos, como ellos, un poco mejor o un poco peor que el término medio; nadie se ocupará de él. Pero, en cuanto se sepa que ha sido capaz de descubrir el irrisorio vacío de la vida social; la hipocresía, el egoísmo, la sensualidad, la concupiscencia, y otros rasgos que le desfiguran; resuelve elevarse a un nivel superior.

Entonces, el odio y todo cuanto mora en las naturalezas perversas, gazmoñas o malévolas, le rodearan en una corriente contraria. Si posee una gran fuerza innata se desembarazará de ellas; pero si en esta batalla moral tiene el Discípulo una sola tara disimulada; haga lo que haga, ésta saldrá a la superficie.

El barniz de las conveniencias sociales del que todos estamos cubiertos debe perder hasta su última capa, y el YO Interno, debe manifestarse sin el menor velo que encubra su desnudez. Las costumbres sociales mantienen a las personas, hasta cierto punto, en límites morales que las obligan a pagar tributo a la verdad apareciendo como buenos, séanlo o no. Estas costumbres son de tal naturaleza que todas las ha de superar; trascendiendo sus limitaciones en el esfuerzo que acompaña al desenvolvimiento del Discípulo. El vicio reviste su más seductora forma y las tentadoras pasiones atraen el inexperto Discípulo hacia las profundidades de la degradación psíquica.



Como habréis podido observar, no es un camino de rosas que el Sendero ofrece al verdadero aspirante. Mayor claridad meridiana no la encontraremos en ninguna otra parte. Lo cual me lleva a recordar lo que la Teosofía nos dice cuando entramos a formar parte de sus filas. El estudiante aspirante debe ser abierto, osado y valiente en su búsqueda, aprovechando todo lo que pueda del contenido de toda la literatura Teosófica; obteniendo la experiencia suficiente como comprender que debe, “Hacerse insensible e inmutable ante el alago y el vituperio”.

Finalmente expresar lo que un Mahatma definió el proceso de formación de los Discípulos diciendo: “es un disolvente psíquico que consume todas la escorias y sólo deja el oro puro”. Si el candidato tiene latente la pasión por el dinero, la baja política, el escepticismo materialista, la ostentación, la mentira, la crueldad, o por concupiscencia de cualquier otra especie; crecerá el germen poco a poco; sucediendo lo mismo, con las cualidades nobles de la naturaleza humana. “Se revela el hombre real”.

¿No sería, pues, el colmo de la locura abandonar el llano sendero de la vida a ras de tierra para escalar las escarpadas rocas del Discipulado; sí no está razonablemente seguro de poseer en sí mismo la conveniente vestidura? Dice bien la Biblia “El que está de pie que tenga cuidado de no caer”. Eso es algo que los aspirantes al Discipulado debemos de considerar antes de arrojarnos de cabeza a la conquista del Sí Mismo.

Al parecer en el pasado, H. P. Blavatsky dejó dicho que:

“algunos de los antiguos Discípulos hubieran hecho bien en reflexionar, más de una vez, antes de arrostrar las pruebas.

José Tarragó 24-05-2020 - “Reflexiones sobre un trabajo de H. P. B.”

